

del palacio, probó de impedir la marcha de su hijo. Este hecho no es exacto; hablamos de los acontecimientos de 1375, y la madre de Gregorio había muerto en 1346.

Sin embargo, el Papa creyó prudente conceder una demora á los dos príncipes, el rey de Aragon y el rey de Francia, que le suplicaban indiscretamente prefiriese sus aislados y particulares votos á los de toda la cristiandad. La Francia y la Inglaterra estaban prontas á firmar un tratado de paz concedido por la mediacion pontificia. Gregorio consintió diferir su marcha por algunos meses, y durante todas estas conferencias tuvo la dicha, con motivo de diversos suplicios impuestos con precipitacion en algunas condenas, de obtener que, en lo sucesivo, tanto en Francia como en cualquiera parte, cesara la antigua costumbre de rehusar el sacramento de la penitencia á los reos que siempre la solicitaban en vano y con todas muestras del mas sincero arrepentimiento.

No fué hasta mas tarde cuando estas almas nobles, compasivas y generosas hijas de Jesucristo, que tanto abundan en nuestro clero, tuvieron el permiso de subir á la fatal carreta para acompañar á los condenados hasta el último momento de su vida. Extranjeros me han dicho con frecuencia, que este clero admirable, pálido, derramando lágrimas, que hace besar el crucifijo al paciente, y el verdugo con sus ayudantes que esperan su presa, ofrecen en nuestro pais un espectáculo de consuelo y de espanto que no pueden borrarse jamás de la memoria.

En 20 de Diciembre de 1375, Gregorio hizo una promocion de cardenales; última que tuvo lugar en Aviñon: habia siete franceses, un solo italiano y un español. Hemos hablado bastante de la funesta parcialidad de los papas de Aviñon.

En 1376, el Santo Padre excomulgó á los florentinos convictos de haber ofendido á los legados apostólicos. Los florentinos enviaron entonces á Santa Catalina de Sena de embajadora (Novaes 4.º 207,) para dar al Papa una cumplida satisfaccion. Les admitió y volvió á abrir el seno de la Iglesia; pero la paz no fué de larga duracion.

En 10 de Setiembre del mismo año, Gregorio salió de Aviñon, acompañado de varios cardenales. Quedaron seis en dicha ciudad, entre otros Juan de Blandiac, que recibió el cargo de vicario cerca del gobierno veneciano.

En 12 de Octubre, Su Santidad se embarcó en Marsella á bordo de la *Capitana* de los caballeros de San Juan de Jerusalem, cuyo timon guiaba el gran maestre de la orden, Fernando Heredia, habiendo su habilidad y experiencia salvado al Papa de un inminente peligro, en las costas siempre tempestuosas de la Provenza. Gregorio desembarcó en Génova, donde se detuvo algunos dias, y salió para Liorna el 28 de Octubre. Recibió allí de los pisanos todos los víveres que podia desear. Otra tempestad arrojó al Papa á las costas de Piombino; finalmente desembarcó cerca de Corinto, donde celebró la fiesta de Navidad.

En Enero de 1377, despues de nuevos peligros que sobrellevó con valor, Gregorio entró en Ostia, remontó luego el Tiber, y desembarcó cerca de la puerta de San Pablo.

Los magistrados de Roma (Novaes 4.º 208) acogieron á su soberano con las mas grandes demostraciones de respeto, alegría y enternecimiento. La entrada solemne tuvo lugar el 17 de Enero.

Gregorio devolvió á la afligida ciudad de Roma la silla apostólica que habia sido establecida en Aviñon durante setenta y un años, siete meses y once dias, es decir, desde el 5 de Junio de 1305, dia en que Clemente V vió su residencia oficialmente, hasta el 17 de Enero de 1377 en que Gregorio XI entró en Roma.

Iba á caballo (De Sponde, Annal. eccles. ad. annúm 1377 n.º 1,) acompañado de trece cardenales, seguido por una muchedumbre de pueblo de Roma y sobre todo de sus alrededores y del litoral; visitó por la noche, y en medio de los universales aplausos, la iglesia de San Pedro, cuyo templo estaba alumbrado con un inmenso número de antorchas y luces de todos colores.

Uno de los primeros cuidados del Papa, así que hubo descansado del viaje, fué el de ocuparse de la herejía de Wiclef, y escribió al arzobispo de Cantorbery y al obispo de Lóndres: «Hemos sabido con dolor que Juan Wiclef, doctor en teología y cura de Lutervolt, en la diócesis de Lincoln, sostiene y predica públicamente algunas proposiciones falsas y erróneas, de las cuales algunas se parecen á las de Marsili de Pádua y de Juan de Jandun, de los *fraticelli* y de otros, condenadas por nuestros antecesores. Debeis avergonzaros y tener remordimientos de conciencia por haber tolerado hasta aquí tales errores: por ello ordenamos que os informéis si es cierto

que Wiclef haya sostenido las proposiciones de que os remitimos copia.»

Otra bula encargaba á los mismos prelados pusieran este negocio en noticia del rey Eduardo, sus hijos, la princesa de Gales y grandes del reino. Una tercera bula fué dirigida á la universidad de Oxford, conteniendo iguales cargos hácia la conducta de los doctores omisos en reprimir los errores de Wiclef, cuyo progreso ordenó el Papa que impidieran.

Dichas doctrinas empezaban á extenderse ya en la Gran Bretaña. El heresiarca atacaba á la Iglesia, al Papa y á las órdenes religiosas, no demostrando ningun respeto á los sacramentos y jerarquía eclesiástica. Durante algun tiempo, pareció que Wiclef abjuraba estas blasfemias; pero no tardó en defender altamente la doctrina de Berenguer, de los *Vodenses* y *Albigenses*; no se detuvo en su furor, y sostenido por señores poderosos, se desencadenó contra el dogma de la omnipotencia de Dios y procuró introducir en el mundo la idolatría y el ateísmo. Veremos como el concilio de Constanza condenó mas tarde errores tan perniciosos.

El rey Eduardo III ya no existia cuando las bulas del Papa Gregorio pudieron llegar á Inglaterra. Murió á los 21 de Junio de 1377, habiendo reinado cerca de 51 años. Fué su sucesor Ricardo II, hijo de Eduardo, príncipe de Gales, muerto en el año anterior. Ricardo que contaba la edad de 11 años, fué coronado en Westminster, el 16 de Julio, y reinó bajo la direccion de Juan, duque de Lancaster, su tío. Este y Enrique Percy, mariscal del reino, sostenian á Wiclef.

Gregorio temia las enfermedades de estío de Roma, y pasó con toda su córte á Anagni, donde fijó su residencia hasta fin de Noviembre de dicho año.

Atormentaban al Papa con la idea de regresar á Francia. Los cardenales franceses renovaban diariamente sus instancias á este objeto. En consecuencia, deseando proveer algo á la eleccion de su sucesor, firmó, en 19 de Marzo siguiente, una bula en la que decretó importantes disposiciones.

«A la muerte del pontífice, los cardenales que se encuentren en Roma, ó su mayoría, podrán sin llamar ni esperar á los ausentes, escoger un lugar en Roma, ó fuera de ella, para reunirse

en cónclave.» A pesar de la oposicion de una minoria podia obrarse, y sin conformarse á la ley que exige las dos terceras partes de votos, era permitido elegir á la sola mayoría de los cardenales presentes, es decir, la mayoría de siete contra seis. Era válida la eleccion por esta vez, y cualquier elegido de este modo, aun cuando existiese una minoria bastante fuerte, seria el verdadero pontífice y pastor de la Iglesia universal.

Pero sobrevino la muerte antes de que el Pontífice hubiese podido efectuar su regreso. El Papa observaba (Novaes, IV, 211) que la estancia en Roma no convenia, que los romanos despreciaban sus decisiones, cuando eran recibidas con respeto por las demas potencias del catolicismo.

Una de las circunstancias que afligian mas al Papa era la desobediencia de los *banderesi* (*ricos hombres*,) que habian depositado á sus pies los estandartes, símbolo de su autoridad, y los habian vuelto á tomar, al efecto de continuar gobernando independientemente. Gregorio se vió obligado á ceder á dicha prepotencia, de otra suerte hubiera tenido que temer violencias.

Además, las ciudades rebeldes habian prometido someterse; pero léjos de cumplirse esta sábia determinacion, excitaban á los municipios, que habian sido fieles á revolucionarse. Se levantaban por todas partes pequeños tiranos que insultaban la dignidad pontificia, y los florentinos (á pesar de ser güelfos, es decir, protectores de Roma, como se llamaban) sostenian la resistencia de los no sometidos.

Afligido por tantos desórdenes y no pudiendo resistir mas tiempo los dolores del *mal de piedra*, que le quitaban toda la fuerza y valor, Gregorio cayó gravemente enfermo y murió en 27 de Marzo de 1378 á la edad de 47 años menos algunos dias, despues de haber gobernado la Santa Sede siete años, dos meses y veintiocho dias entre Aviñon y Roma.

Novaes refiere el dictámen de Bercastel acerca de los pontífices de Aviñon, y manifiesta su propia opinion despues de haber citado la del historiador francés. (Novaes, IV, 212.)

«Gregorio XI, dice Bercastel (*Hist. de la Iglesia*, tom. XIV. pág. 251), fué el séptimo y último de los pontífices que la Iglesia de Francia, en el trascurso de mas de 70 años, dió consecutiva-

mente á la Iglesia universal. Aunque sus pontífices fuesen todos, sin distincion, ilustres por su talento y luces, que su mayor parte se distinguieran por la santidad de su vida, y que en fin, algunos hubiesen tenido el don de hacer milagros, sin embargo sus nombres no son muy recomendables para la Iglesia romana, que les ha hecho responsables de desórdenes funestos y de la desolacion que ha sufrido durante mas de un siglo. La extraña traslacion de la silla apostólica á Francia, es un hecho que por sí solo imprime á su nacion una mancha, un borron, que el brillo de todos sus talentos, unido á muchas virtudes, no ha podido borrar, y que al curso de tantos siglos tampoco le ha sido dable debilitar. « Novaes continua en estos términos: « Así habla en nuestros tiempos un francés que imputa á sus compatriotas, así como á los italianos, una ciega parcialidad cuando tratan esta cuestion. Este francés, sosteniéndose entre ambos partidos, deja no obstante conocer cuan digna de vituperio es la traslacion de la cátedra de Pedro á Aviñon, privando de este derecho al lugar propio por tantos títulos en favor de un sitio que por tantas razones no convenia. Me refiero á este francés porque ha hablado de este hecho con un dictámen concienzudo, en los tomos XIII y XIV de su historia.»

Esta opinion de Bercastel me parece sana y juiciosa; sirve para destruir en parte acriminaciones inútiles, pues el mal está curado. El autor dice lo bastante para probar que la repeticion de semejante escándalo seria un deplorable infortunio para la religion, en cualquier pais que se efectuara. Novaes que escribe con dulzura, cuidado, y con bastante claridad, segun dice Bercastel, me parece un hombre de paz, conciliacion, ingenio y orden. Novaes se atreve tambien á vituperar esta usurpacion, que fué ciertamente culpable. Yo detenido sin cesar en la línea de las consideraciones de la calma, pero de la calma que no duerme siempre, creo debia concederse el perdon; pero es preciso proponer uno de estos perdones condicionales que imponen la obligacion de no incurrir en la misma falta. ¿Quién sabe si la amargura de exagerados rencores, si la obstinacion que priva de los derechos de independencia, mal comprendidos, si los viles errores que nacen en toda querrela, despues de acriminaciones recíprocas; quien sabe, si todas estas circunstancias, dolorosas para Roma y Francia, no han contribui-

do alguna vez á alejar la paz y la concordia? Ellas no deben cesar entre la madre que tiene todos los derechos, y la hija que presta por su amor un tan gran socorro á la madre, ó que por su odio é indiferencia causa tantos disgustos en la capital de la cristiandad. Por fin, pontífices algo asustadizos han hecho mal sin duda, en marcharse de Roma y aconsejar á sus sucesores abandonarla. Clemente V dió un ejemplo que ha producido grandes males; pero tambien los sucesores debian mas vivamente reclamar *su patria*, pues todo pontífice, sea cualquiera el pais donde haya nacido, se hace romano el dia de la consagracion. El error fué grave por parte de los papas franceses; no lo fué menos por parte de los soberanos de este reino, dispuestos á creer que era muy útil tener un Papa á su alcance; estos soberanos, como se ha podido ver, debieron reconocer que estos mismos pontífices franceses se opondrian alguna vez á esta especie de *nepotismo monárquico*, mas peligroso que el de familia. Se encuentran bulas de Aviñon que parecen haber sido firmadas en la época de la independencia de Roma. Hubo tambien emperadores que sufrieron repulsas, y que se irritaron de sus errores. No tengo necesidad de citar mas ejemplos; se los ha visto acumulados en estos anales y en la época á que pertenecen.

Toda capital importante, todo gobierno que desea la prosperidad en sus negocios, si son justos, se equivoca preparando asechanzas, mentiras, amenazas, si este crimen incierto viene á probarse. Al rebajar el alto poder pontificio, tan profundamente arraigado en Roma, sujetándole pérfidamente para alcanzar atenciones, descuidos y bendiciones de mal agüero: ¿no se expone á grandes peligros el que prueba de tal modo oprimir la politica religiosa de los demás? Los designios de Dios son impenetrables. Puede aun permitirnos los cambios que perjudican al equilibrio; puede causar debilidades, movimiento de orgullo, vociferaciones de retóricos, sofismas preparados, y olvidos de toda dignidad humana. Estas faltas de razon y embrutecimiento nos son bastante conocidas. Así, en el caso que fuera preciso suponer que *Roma*, volviera á ser, delante de San Pedro, *súbdita indócil*, hé aquí lo que conviene hacer: es preciso volverla, á pesar de ella, la dicha que queria desconocer; es preciso no permitirle desorganizar este inmenso

culto cristiano, que tanto bien produce, y que puede y debe siempre hacer tanto. Si los reyes supieran cuan facil es obtener de la Santa Sede, cada uno para sí, lo que es útil y saludable; si constase á los reyes que cada uno manda en aquella *ciudad de todos*, pero bajo condicion de no pedir mas que lo suyo, sin acechar ni tomar lo de los demás; que cuando se cumple este derecho, que la sabiduría de Roma indica, si no se mira bastante claro, se negocia con ventaja, se obtiene tambien bastante pronto si se toma el partido de desprenderse de la *furia* dañosa á los negocios: si los reyes, repito, supieran esto, no incurririan en tantos errores.

No en vano, despues de tantos siglos, es Roma la ciudad de las negociaciones, tratados hábiles, reconcilaciones; allí vive sin fortuna, y casi sin sueldo, una casta de hombres sagaces que sacan de las cancellerías, donde abundan los secretos de todo el universo, explicaciones que revisten de una noble latinidad ciceroniana, y que se nos envian por guia y brújula.

Esta digresion ha sido oportuamente continuada al desaparecer el último papa de Aviñon. Tendremos desgraciadamente aun que relatar los desastres políticos que siguieron á la muerte de Gregorio XI. Este pontífice reparó, á lo menos en cuanto pudo, los males que en parte habia causado; pues en fin, el cisma, este odioso cisma, estaba colocado en el terreno de la Iglesia, y extendia á lejos sus venenosas ramas, pudiendo ser comparado al del *upas* (árbol venenoso de Borneo). Pero acabemos de dar á conocer el carácter de este Papa, que en muchas circunstancias, extrañas á la cuestion que nos ocupa, ha merecido alabanzas de la cristiandad.

Gregorio era uno de los hombres mas ilustrados de su tiempo, célebre en el conocimiento del derecho canónico, de afable presencia, de benignas costumbres, distinguido por sus modales cortesés, que tanto convienen á los soberanos. En todos los actos de Gregorio se encuentra su modestia, su bienhechor espíritu, prudencia, franqueza y natural liberalidad. Daba espontáneamente pruebas de proteccion y generosidad á los sábios. Es preciso recordar tambien que este Papa amó mucho á sus parientes; pero no quiso engrandecerles mas de lo que lo habian sido por su tio Clemente XI. Diremos, sin embargo, lo que refiere el padre Ber-